

El silencio de los corderos

Hay decisiones que pavimentan el camino de la ciencia española hacia el cataclismo

JOSÉ S. CARRIÓN

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



En el perturbador 'thriller' de Jonathan Demme (1991), 'El Silencio de los Corderos', una joven agente del FBI, Clarice Starling (Jodie Foster), confiesa al psiquiatra y asesino, Hannibal Lecter (Anthony Hopkins), cómo durante su niñez había quedado aterrada por los gritos de los corderos degollados en la granja donde creció, tras la muerte prematura de su padre. Mientras cada cordero se desangraba, el resto del rebaño permanecía en silencio. El acontecimiento había timbrado de forma indeleble la psique de la protagonista, promoviendo su predisposición a la defensa de los inocentes.

No somos corderos, pero existen atavismos herbívoros en el repertorio social de algunos grupos humanos. Hablaré aquí de los científicos y, por hacer metáfora con las granjas, procuraré un énfasis especial en los cuerpos docentes universitarios, pues no en vano, se nos ha encargado mantener estabulados a los individuos más reactivos por su carga hormonal, los jóvenes.

Hay decisiones que pavimentan el camino de la ciencia española hacia el cataclismo. La pérdida de financiación es una de ellas, y aunque no es la más relevante, resulta contingente sobre la situación actual de deterioro. En los recientes presupuestos de la «recuperación», la I+D apenas crece un 0,36%, mientras los fondos destinados a la formación de investigadores se mantienen exiguos. Los hechos, a distancia sideral de las palabras, proporcionan un retrato de la mentalidad subyacente: la ciencia no se contempla cual motor de progreso sino como partida de ahorro. No es sorprendente la caída de la producción científica evidenciada por estudios bibliométricos, o que desde 2010 se hayan perdido unos 11.000 científicos, o que incluso la transferencia proporcione balances desalentadores a pesar de los supuestos esfuerzos en investigación orientada. Nada nuevo bajo el sol. Este gobierno debutó sepultando la ciencia en los subterráneos de un Ministerio de Economía que ha conducido a una notoria pérdida de competitividad en el escenario internacional. No hay nadie en el Consejo de Ministros para defender el valor de la ciencia y encima, a ésta se la estigmatiza con la subordinación al economicismo vigente.

Pero nuestro superproblema radica en la obstrucción burocrática del proceso científico. La burocracia, que toma un laberinto como iconografía más pertinente. Se busca tranquilidad mental para pensar, estudiar y practicar, mientras te bombardean con un volumen malsano de información superficial, o te ahogan en un 'tsunami' de tareas inaplazables, cuya ignorancia provocará dejación en el pago de una beca,

pérdida de la financiación obtenida tras años de trabajo, o el fastidio de algún pobre compañero. Entonces solo cabe dejar el rincón de las ideas para incorporarse al formulario, procesar emails, responder llamadas, redactar memorias, justificar facturas, o asistir a reuniones.

La reacción al inoperante y enmarañado reglamentismo es que vamos sumando apatía e insensibilidad ante la desmotivación del que fracasa o disiente. Conseguir un artículo científico, o parir un protocolo experimental, se convierten así en actos de rebeldía y heroísmo personal que dejarán cadáveres a lo largo del páramo afectivo que jalona la biografía del científico dedicado. Para robar un cachito de tiempo inspirador, impulsados al trabajo nocturno, de fin de semana y fiestas de guardar, muchos investigadores se agotan hasta enfermar o morir, otros se marchan, y los cada vez más, otrora ilustres científicos, ni siquiera se molestan en solicitar financiación, con tal de no sufrir el cilicio de esta inmisericorde maquinaria de flagelación vocacional.

Porque, además, el rancho de nuestra pequeña Clarice cuenta con pastores adiestrados para el manejo pautado del pánico, la culpa y la desconfianza, en niveles que garanticen la perpetuación y justificación del sistema. Los monopolizadores de esta inagotable agresividad contra nuestro tiempo nos reiteran que no podemos vivir sin normas. Pero las hachas pueden usarse para talar madera o para cortar cabezas. Y con la excelencia boloñesa como concepto zombi y los planes estratégicos como delirio de jefes, lo cierto es que el sanedrín reglamentista del Ministerio de Hacienda y Administraciones Públicas se ha cobrado ya demasiadas cabezas, consiguiendo convertir algunas de las más brillantes en otra especie de precariado, en este caso pastureado hasta los confines del agotamiento intelectual y la locura moral.

Supongo que muchos cambiarían algo de dignidad por cierta libertad para pensar, o para no seguir la estela de los que no creen en nada y se espantan por todo. Pero acorralados entre muros de papeles, conjuras y recelos, la mayoría, como los protohumanos de Matrox, «no están aún preparados para la desconexión».

Con la vocación como concepto agonístico, la ciencia española sufre la esclerosis de su burocratismo frente a una realidad que deviene surreal: una profesión, la de científico, procurada por nuestros dirigentes como una conspiración contra la ciencia. Con presupuestos exiguos y el monopolio del cuchillo normativo en manos de los bárbaros, a los silentes corderos de la ciencia solo nos queda el teorema de Bart Simpson: multipliquémonos por cero.